

ACERCA DE UNA CONVIVENCIA ESCOLAR SALUDABLE (*)

Por Horacio Maldonado

La circunstancia de convivir con nuestros semejantes/diferentes resulta un asunto espinoso desde el inicio de los tiempos. Igualmente, desde esa misma época, cuando alguien tiene vedada la posibilidad de convivir con otro humano suele experimentar angustia. Así de paradójales son las relaciones entre los humanos.

Por eso, el análisis de la convivencia, en cualquier espacio social (familia, escuela, trabajo, etc.) y en cualquier coordenada histórica (antes de C. y después de C.), reclama el esfuerzo de una mirada compleja que tienda a neutralizar las simplificaciones y reduccionismos que de ordinario se constatan cuando este tema es puesto en la palestra.

Una de las dificultades para convivir con nuestros semejantes es que son, como ya insinuamos, al tiempo, nuestros diferentes, o los convertimos en tales, a veces para amarlos y muchas otras para odiarlos.

En cierto sentido, cabe aseverar que la historia de la civilización podría ser narrada a partir de las vicisitudes de dos impulsos humanos fundamentales: Eros y Tánatos, esto es, vida y muerte, amor y odio. Las investigaciones psicoanalíticas nos dejan saber que desde la más temprana infancia, quizás desde los primeros instantes de la vida extrauterina, la convivencia entre el cachorro humano y los mayores que le tienen a su cargo, no deviene en una cuestión trivial y exenta de trastornos. El intrincado juego de pulsiones amorosas y hostiles que suscita, por ejemplo, la configuración de una relación triangular elemental, como la que conforman padre, madre e hijo, revela que el conflicto es inherente a los vínculos humanos.

De allí que como psicólogos nos toca advertir que el conflicto es constitutivo de las relaciones interpersonales; algunos sociólogos dicen, con pleno derecho, que es constitutivo también de

los grupos sociales. Además, cabe agregar que cuando alguien ama u odia obtiene placer, ello explica la perseverancia de estos sentires en principio antagónicos. Tomar conciencia de este hecho nos ayuda a comprender una inmensa cantidad de fenómenos que verificamos en la vida cotidiana. Asimismo nos ayuda a entender la convivencia que se genera en esos espacios sociales que conocemos con el nombre de escuelas. Si bien es cierto que aún hoy, en las postrimerías de esa era histórica que es la modernidad, las instituciones escolares gozan de cierta idealización y por ende se llega a negar la circulación del odio, en dichos espacios se expresan a diario situaciones hostiles más o menos sublimadas. Cuando la sublimación es precaria irrumpen los “bajos instintos” en forma de episodios indeseables e insalubres, los que si reúnen determinado perfil son con frecuencia multiplicados ostentosamente y compulsivamente por los medios de comunicación (está claro que si los medios se interesan por la violencia, es por que a sus lectores/espectadores el tema los seduce, aunque a veces lo ignoren y están dispuestos incluso a pagar por información e imágenes sobre ella). La violencia, insistimos, es una constante histórica, sin embargo, hay momentos históricos en que recrudece y se hace ostensible en inverosímiles formas. El conflicto por antonomasia, la guerra y el logro mejor, la paz, se verifican en cualquier tramo de la línea del tiempo.

El cruce de eras, quizás, es un factor que potencia su emergencia en viejas y nuevas formas. La modernidad supo imponer valores a través de las instituciones educativas y hoy, en esta era que podríamos denominar postmoderna, los medios le disputan esa hegemonía y aspiran decisivamente a ganar terreno en el establecimiento de nuevos valores. En este conflicto subyacente y poco comprendido, la sublimación se resiente y los conflictos se suscitan con una virulencia que conmueve a distintos estratos sociales.

Los interrogantes colmados de estupor se multiplican. ¿Por qué los chicos van con armas a la escuela? ¿Por qué las naciones poderosas diseñan armas cada vez más crueles y las utilizan contra poblaciones inocentes y vulnerables? Por qué los chicos y los adultos se lastiman física y simbólicamente de manera constante? ¿Por qué los mayores toleran cada vez menos a los menores y los humillan en nombre de la buena educación? ¿Por qué jóvenes estudiantes discriminan a jóvenes estudiantes con argumentos estéticos, musicales, sexuales, etc?. ¿Por qué los explosivos se usan a diario para dirimir conflictos en todo el planeta? Por qué y por qué es lo que escuchan a borbotones los especialistas.

Y las respuestas se multiplican en su diversidad y brota una babel de etiologías posibles, cada una reclamando potestad excluyente en desmedro de las otras. Priman los reduccionismos sobre los enfoques complejos y en consecuencia priman las recetas unidimensionales.

Cabe poner en claro que las instituciones llamadas escuelas no son hoy el único transmisor cultural y en consecuencia deben priorizar la reorganización de las modalidades establecidas para gestionar la convivencia.

Si tercamente se mantienen los viejos modelos educacionales la violencia creciente no podrá ser evitada. Es hora de pensar en otra educación y en otra escuela, tarea prioritaria para quienes operan profesionalmente en este campo. El Ministro Filmus señalaba, antes de ser Ministro, que las escuelas son instituciones del siglo XIX para alumnos del siglo XXI. No se trata de una argumentación banal e intrascendente, su comprensión cabal es de vital importancia para pensar en la fuerte reestructuración que requiere el sistema educativo y sus unidades.

Entre varias acciones indispensables hay que trabajar en pos del mejoramiento de la convivencia en esos espacios; resulta inverosímil pensar logros pedagógicos significativos sin esa conquista primaria. De allí que nos sintamos impelidos a imaginar nuevas alternativas para nuevos problemas y en esa dirección se nos ocurra hablar de una convivencia saludable.

La convivencia saludable lejos está de configurar una convivencia exenta de conflictos, se trata de una convivencia donde el conflicto asume posibilidades de elucidación o resolución.

La convivencia saludable es aquella que admite la posibilidad del conflicto, aunque trabaja en beneficio de todas las partes comprometidas; en este sentido, la convivencia saludable puede describirse como una convivencia democrática en la que los miembros de un grupo tienen derechos y obligaciones equivalentes (por ejemplo, un maestro se podría preguntar si otorga la palabra a sus alumnos de manera democrática en el ejercicio de su profesión).

En otro sentido, la convivencia saludable es una convivencia pacífica, en la cual la resolución de los conflictos descarta tanto la violencia física como la violencia simbólica tan usual en esos espacios.

Por último, la convivencia saludable es aquella que posibilita mejorar la productividad en las escuelas, esto puede constatarse cuanto se ocupa de la calidad y equidad educativa de los aprendientes. Por ejemplo, que un docente mejore su producción significa que mejora su

enseñanza, que un alumno mejore su producción significa que mejora sus aprendizajes, que un director mejora su producción significa que conduce mejor la institución a su cargo.

Una convivencia saludable tiene indicadores fehacientes: el alumno desea ir, estar y aprender en la escuela (entre otros asuntos), el docente tiene ganas de ir, estar y enseñar en la escuela (desestima la queja depresiva y evita la enajenación). La convivencia saludable es aquella que puede soportar el malestar inevitable y construir un bienestar saludable, esto es, placentero. La convivencia saludable, aquella que compatibiliza las semejanzas con las diferencias, lejos está de ser un punto de llegada o un punto de partida, es sí un estado dinámico en construcción/reconstrucción permanente y posible. La convivencia saludable es aquella que procura compatibilizar las necesidades sociales y los requerimientos individuales, es la que posibilita mejorar las condiciones para cuidar y atender la salud psíquica de los alumnos y los docentes, la que permite una gestión áulica e institucional más cooperativa y consensuada, que favorece el acceso a una cultura democrática y respetuosa de la diversidad. En suma. La convivencia escolar saludable es una indispensable necesidad institucional y social que merece nuestros mejores esfuerzos individuales y colectivos.

(*) Trabajo incluido en *Vínculo Docente Alumno*, (2006) Duarte, María Elena (Comp.), Ed. Universidad Nacional de Córdoba. Cap.10